



VALLE DE LA CALMA

ÁNGEL DAVID
REVILLA

Dross



Valle de la calma

Valle de la calma

Ángel David revilla
DROSS

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prólogo

Introducción

Primera parte

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

Segunda parte

I

II

III

Dross

Valle de la calma / Dross. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Temas de Hoy, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-730-219-0

1. Narrativa. 2. Líderes Juveniles. I. Título.

CDD 863.9283

© 2018, Ángel David Revilla Lenoci

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Imagen de cubierta: Claudio Aboy

Todos los derechos reservados

© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-730-219-0

El universo está controlado por leyes invariables.

Reverendo John J. Nicola

Cuando miras al abismo, el abismo también te mira a ti.

Friedrich Nietzsche

PRÓLOGO

Cuando se lee el título de este libro, automáticamente, se viaja a un lugar placentero y paradisíaco. Pero es válido aclarar (sin intención de hacer ningún *spoiler*), que la calma en este caso es solamente un disfraz utilizado por el más traicionero de los terrores. Es sabido que en muchas ocasiones la tranquilidad es el mejor refugio para las criaturas más atroces, las mentes más siniestras o los secretos más perturbadores. Si a esto se le agrega que la historia transcurre en un recóndito hospital en el que se despliegan todo tipo de actividades macabras, entonces, la mezcla se torna letal. A decir verdad, en este relato la paz, la soledad y la lejanía son cómplices en una de las tramas más espeluznantes que jamás se haya escrito.

Valle de la calma nos retrotrae en el tiempo para introducirnos en las frías habitaciones del hospital San Niño, construido en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XIX. Esta gigantesca institución, que costó una fortuna, supo ser en su momento el centro de salud más grande, no solamente de su país, sino también del sur del continente americano.

El propósito inicial del San Niño era atender y darles refugio a los soldados heridos en guerras, que por aquellos años en los que la guerra era una realidad cotidiana se multiplicaban por miles. En tiempos de conflictos bélicos, el hecho de poder contar con un lugar donde cuidar a los combatientes que precisaban ayuda médica era algo muy relevante.

Lo cierto es que a la hora de llevar adelante este proyecto tan ambicioso las autoridades terminaron padeciendo severas consecuencias, porque en el caso del San Niño los costos, tanto los fijos como los variables, eran astronómicos, así que el hospital apenas podía mantenerse con los ingresos que generaba (que no eran menores). Esto derivó en que cerca del año 1900, cuando la Argentina ya era una república consagrada, el San Niño corriera peligro de ser clausurado. Sin embargo, na-

die quería cerrarlo, porque se trataba de una clínica majestuosa que representaba un ejemplo, no solo para la Argentina, sino para los demás países de la región.

Finalmente, cuando las soluciones comenzaban a brillar por su ausencia, a alguien se le ocurrió una gran idea que marcaría un antes y un después en la historia del San Niño. Gracias a su ubicación tan apartada de cualquier centro poblado, literalmente, "en el medio de la nada", el Hospital podía convertirse en un lugar de retiro para integrantes de la burguesía de toda índole y para sus numerosas "ovejas negras". Y así lo hicieron.

La idea funcionó tan bien que bastó con que un puñado de millonarios eligiera al San Niño para internar algunos nuevos pacientes, para salvarlo antes de que se lo declarara en bancarrota. Una vez que lograron salir a flote, las autoridades del San Niño decidieron ir más allá, pues consideraron que había que expandir la idea con un nuevo proyecto, uno mucho más interesante que el primero: crear un centro psiquiátrico para alojar, entre otros, a leyendas de la política argentina y de los países limítrofes; militares, refugiado nazis e integrantes de la alta sociedad que pretendían envejecer con dignidad sin exponer su senilidad.

A diferencia del primer edificio, el psiquiátrico demandó mucho menos tiempo en ser construido. La obra se realizó en apenas tres años y fue mucho menos costosa. En un principio esta nueva construcción era considerada por muchos una extensión vacía de la primera, pero vale aclarar que esta condición cambiaría con el tiempo, luego de que una celebridad del momento escondiera a su hijo con hidrocefalia en el nuevo edificio. Luego, siguió una prestigiosa y talentosa artista que optó por internar a su hijo, un adolescente drogadicto, para ocultarlo y así protegerlo del asedio de la prensa europea durante los años sesenta.

Ellos fueron los que "rompieron el hielo" con sus acciones y, sin proponérselo, lograron que el nuevo edificio del San Niño comenzara a recibir la más variada gama de pacientes millonarios que veían en riesgo su vida social. Hijos pedófilos, jóvenes demasiado libertinas para la época o chicos rebeldes que querían nadar contra la corriente eran los candidatos ideales para terminar en este oscuro centro dedicado a la salud mental. ¿Qué mejor oportunidad para esas familias de clases pudien-

tes para recluir y alejar de su círculo a esos hijos que tanto los avergonzaban? El propósito calzaba como anillo al dedo con las necesidades de estos integrantes del abolengo sudamericano, pues lo único que ellos querían era evitar que estas "ovejas negras" mancharan el prestigio intachable que los distinguía. De este modo podrían seguir adelante con sus pomposas vidas sin tener que preocuparse por aquello que en su momento llegó a representar una gran molestia.

El negocio resultó ser tan fructífero que, de la noche a la mañana, muchas personas comenzaron a ser declaradas locas o insanas con argumentos absurdos. De esta manera fueron poblando al psiquiátrico de flamantes pacientes que se multiplicaban por diez a medida que pasaban los meses.

Esta especie de gemelo macabro del San Niño se convirtió en una pequeña comunidad cerrada que poseía todo tipo de lujos y comodidades. Además, por sobre todas las cosas, era un lugar seguro. Escapar de allí era algo casi imposible de concebir, tan difícil como para los prisioneros americanos fugarse de Alcatraz mientras la cárcel estuvo activa. Lo cierto es que el nuevo edificio acabó siendo más importante que el hospital inicial.

El doctor en jefe, quien tenía a su cargo las dos enormes instalaciones que funcionaban bajo el mismo nombre, era el alma mater de la institución. Su labor médica era mínima en relación con el desempeño político y administrativo demandado por el nosocomio. Y así, cual si fuese una marioneta siniestra, el San Niño dependía de las oscuras manipulaciones de este doctor para poder funcionar a la perfección.

En total veintisiete personas pasaron por este cargo y veintiséis de ellas lograron mantener a flote el ambicioso proyecto. El encargado número vigésimo séptimo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, aumentó de forma exorbitante sus ganancias, hecho que despertó la sospecha en más de uno. Al parecer, este hombre comenzó a lucrar con los niños que iban a parar al hospital, llevando a cabo todo tipo de actividades deleznable. Finalmente, los rumores sobre las atrocidades en las que el San Niño se veía envuelto terminaron confirmándose el día en el que los hechos salieron a la luz y ambos edificios fueron clausurados para siempre.

En *Valle de la calma* se cuenta precisamente la historia de esos últimos años de vida del hospital. A través de la historia de un chico llamado Abraham, quien cierto día fue encerrado en el San Niño, descubriremos las atrocidades que tenían lugar en el interior de este macabro psiquiátrico. De esta manera, al destapar los oscuros velos que durante muchos años ocultaron los actos perversos y despiadados que tenían lugar en esta institución "ejemplar", comprenderemos que las criaturas más abominables y terroríficas de las que debemos cuidarnos son aquellas que habitan en los rincones más recónditos de la mente humana.

Queridos lectores, ajústense los cinturones y prepárense para realizar uno de los viajes más perturbadores de sus vidas. De la mano de Ángel David Revilla, sin lugar a dudas uno de los escritores de habla hispana más talentosos del siglo XXI, ingresarán a una instalación fría y tétrica en la que desentrañarán los misterios más inquietantes de un pasado nefasto.

Valle de la calma los dejará al borde de un abismo estremecedor que les quitará el aliento, les erizará la piel y les congelará el espinazo, porque les revelará que algunos secretos ocultos pueden llegar a ser más abominables que el más terrorífico de los fantasmas. Este gran autor venezolano radicado en la Argentina sorprende título a título y nos enseña que no hay límites que no puedan ser alcanzados por la imaginación y, a la vez, que no hay sueño más hermoso que el que se construye sobre la base del sacrificio y la inspiración.

En lo personal, tuve el placer y el honor de conocer a Ángel David Revilla en el año 2012 y, desde entonces, mantengo con él una linda amistad. Él es, hoy por hoy, la única persona a la que admiro profundamente, pues su humildad y dedicación son tan gigantes como su talento. Una de las cosas que más estimo y valoro de este prestigioso y talentoso artista es el cariño incommensurable y el agradecimiento eterno hacia su público. Ese libro es claramente un ejemplo de ello.

Hoy, al escribir el prólogo de *Valle de la calma*, de cierta manera, estoy cumpliendo un gran sueño, porque siento que estoy siendo parte de uno de los éxitos literarios más trascendentes de la década. Sin lugar a dudas, un acontecimiento épico. Créanme que en sus manos tienen uno de los mejores

libros que leerán en sus vidas. Disfruten al máximo su breve e inquietante estadía en *Valle de la calma*.

GUILLERMO LOCKHART

INTRODUCCIÓN

El hospital San Niño fue construido el 16 de julio del año 1860.

Aunque fue muy disputado, ninguno de los doce arquitectos que trabajaron en el proyecto (que tardó casi una década en completarse) se pudo adjudicar la autoría definitiva de la obra. El interés de estos hombres por ser reconocidos estaba justificado; el San Niño, con una capacidad para atender a dos mil pacientes, sería el hospital más grande jamás construido en todo el sur del continente.

Fue el último de los arquitectos quien sin embargo tuvo el honor de recibir el mérito y también el de colocar el nombre que llevaron las instalaciones hasta el último día de su existencia.

Su construcción costó una fortuna a la Confederación liderada por Justo José de Urquiza quien, tras el sangriento combate de Cepeda y con miras al desenlace de la guerra civil que eclipsaría la batalla de Pavón, consideró pertinente la edificación de un lugar estratégico al sur para atender y retirar a los soldados heridos, que se contaban por miles.

Para 1900, cuando ya la Argentina era una república, el San Niño corrió peligro de ser clausurado debido a los altos costos de su mantenimiento; ante el equipamiento y personal que exigiría cualquier otro hospital en grandes ciudades como Buenos Aires, el San Niño los duplicaba y a veces triplicaba. Era, en palabras de un ministro retirado del gobierno de Pellegrini, «un engendro».

Para los años que corrían, los titanes que no pertenecían a la clásica Europa estaban ávidos por mostrar al mundo su formidable poderío, preludio de un nuevo orden mundial que no tardaría muchos años en instaurarse, y para ello se valían de un presumido desfile monetario llevado a la palestra con tanto ahínco como si del tamaño de cierta cosa íntima se tratara: no querían cerrar el San Niño, pues se trataba de un baluarte que

representaba, con su enormidad, el tamaño del octavo país más grande del mundo.

Pero no por ello iban a dejar de hacerlo de manera inteligente, una inteligencia que envidiarían muchos políticos de la Argentina moderna: no convertirían al San Niño en una ladilla gigante (qué peor pesadilla). Así que, al cabo de poco tiempo, se les ocurrió una mejor idea: gracias a su ubicación tan retirada —citando textualmente— «en el medio de la nada», el lugar sería un excelente centro de retiro (o pozo con candado) para familias de toda índole que pudieran costearlo.

Así, el San Niño encontró un nuevo y oscuro propósito.

Estar alejado del mundo y, más importante aun (sobre todo en años consecuentes, cuando Hearst y Pulitzer se debatían el dudoso honor de haber convertido al periodismo en un arma de destrucción masiva), de los escándalos.

La idea funcionó tan bien que unos pocos acaudalados no solo sacaron al San Niño de los números rojos sino que además decidieron que había que expandir la idea con un proyecto más interesante aun: crear un centro psiquiátrico adonde pudieran retirarse las ovejas negras, uno que otro refugiado nazi y en especial los grandes burgueses. Todos sin riesgo de exponerse.

El psiquiátrico, que fue construido en paralelo al hospital, tomó apenas tres años en completarse. La idea, en esta ocasión, era simple: un edificio idéntico al primero.

Se suponía que los costos del psiquiátrico serían mucho más bajos porque al principio no era más que una extensión vacía del primer edificio. Sin embargo, eso cambiaría con el tiempo, cuando la primera estrella de cine escondiera a su hijo con síndrome de Down, o la primera cantante italiana a su hijo adolescente drogadicto para protegerlo de los largos brazos de la prensa europea durante los años sesenta. Ellos fueron los pioneros en admitir toda clase de pacientes siempre y cuando, desde luego, fueran lo suficientemente ricos para costearlo.

De ese modo, poco a poco, el psiquiátrico se volvió más próspero que el hospital, y se transformó en una pequeña comunidad cerrada que lo tenía todo.

El doctor en jefe, quien tenía a su cargo las dos enormes instalaciones bautizadas bajo el mismo nombre, era para el centro lo que para un portaaviones su almirante. Su labor mé-

dica era nimia frente al desempeño político y administrativo que el San Niño exigía.

Este puesto recayó sobre los hombros de veintisiete personas; veintiséis de ellos mantuvieron a flote el largo proyecto. Sin embargo, fue el vigésimo séptimo encargado quien, a partir de la segunda mitad del siglo XX, aumentó de forma exorbitante sus ganancias personales y las del San Niño, hasta cierta temporada en la que, tras salir a la luz una serie de hechos abominables, las instalaciones se clausuraron para siempre.

PRIMERA PARTE